

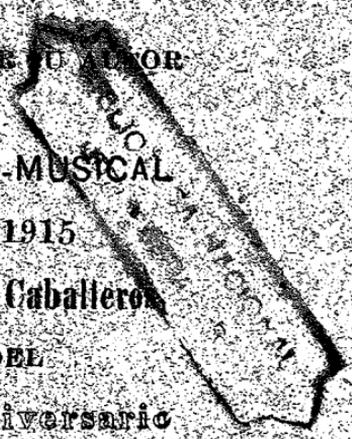
353

B. Biblioteca Nacional
E-811-PASQ
M. Enrique Pasquel Monge.

J-4
6

Maria Magdalena

POEMA DECLAMADO POR SU AUTOR
EN LA
VELADA LITERARIO-MUSICAL
ORGANIZADA EN 1915
por el Sub-Comité de Caballeros
CON MOTIVO DEL
Quincuagésimo Aniversario
DE LA
Erección de la Diócesis Ibarrense.



Edición de la Diócesis Ibarrense



Ibarra-1916.

IMP. "GRAL. PLAZA". — Ibarra.

Envío del autor — 1.916

Dedicatoria

A los pies de las bellas señoritas Lucía Gómez de la Torre, Lucrecia Fernández de Córdoba, María F. Córdoba Hurtado, Lucía Cordovez, Eloisa Villota, Lucila Almeida Terrán, Lucrecia Villamar y Betsabé Larrea, tengo el alto honor de poner mi pequeño poema, que si algún mérito encierra, éste no puede ser otro que el de llevar al frente el nombre esclarecido de la hermosa Pecadora de Magdala.

Si ellas, y el público, en general, se dignan acogerlo con benevolencia, quedarán cumplidos mis deseos, satisfechas mis aspiraciones.

Pasquel Monge

Ibarra, Febrero 10 de 1916.

María Magdalena.

Atravesando, allá—en lejano día—
del desierto las grises soledades,
la faz llena de eternas claridades,
de apacible y sutil melancolía,
como un sol que los cielos del Oriente
de sus radiantes esplendores baña,
un Mancebo, de hermoso continente,
con los rayos del iris en la frente,
se aproxima a las puertas de Betaña.

“ El copioso sudor de la jornada
humedece la sien del Peregrino,
que lleva ya la veste desgarrada
por las hondas tristezas del camino ”;
porque siente ya en su alma combatida
—como rumor de tempestad cercana—
que en el bello clarear de la mañana

va a apagarse la antorcha de su vida;
porque sabe el humilde Solitario
—y está escrito— que al fin de su carrera,
por corona triunfal, sólo le espera
una cruz en la cumbre del Calvario.

Siempre absorbido en su pensar profundo,
fija el alma en divinas lontananzas,
va haciendo, con su espíritu fecundo,
por do pasa, brotar grandioso un mundo
de venturas, de glorias y esperanzas.

Al odio vil, al egoísmo ajeno,
consuelo sabe dar a quien lo implora,
las lágrimas enjuga del que llora
y a todos hace el bien, porque es muy bueno;
porque, piadoso y de virtud arcano,
— en lucha por la raza desgraciada —
de la coyunda del dolor, pesada,
quiere aliviar al corazón humano:
Y en divinal y majestuosa calma,
de la senda va hollando los abrojos,
con abismos de cielos en sus ojos
y raudales de amores en el alma.

* * *

Entre la turba que en oleada inmensa
se agita, inquieta, en la vecina aldea,
y que cual cerco de una nube densa
al Viajero inmortal, presto, rodea,
por oír de su labio esa doctrina
dena de unción y de ternura santa,
la severa moral; moral divina!

que al hombre dignifica y lo levanta;
donairosa y gentil como la palma
que se mece en mis playas, ondulante,
como un sueño de amor que, delirante,
persigue el corazón y adora el alma,
ostentando cual flor su galanura,
con alientos de hierbas olorosas,
compitiendo en donaire con las rosas
que, suave, el sol de Jericó empurpura;
asómase ante el Astro de hermosura
una joven de olímpica belleza
¡ ensoñación, espléndida, infinita !
la gallarda y esbelta margarita
que el sol de Mágdala, encendido, besa
con sus puros y vívidos destellos.
dejando, en impresión radiosa y llena,
gracias mil en su faz de tez morena
y una estela de brillo en sus cabellos.

Las negras noches del Oriente habían
cernídose en sus ojos fascinantes,
que al abrirlos, en visos de diamantes,
en dos mares de luz se resolvían;
y mañanas, fantásticas, tranquilas,
con efluvios de espléndidas auroras,
a torrentes brotaban, soñadoras,
de sus grandes y límpidas pupilas
¡ de lindos iris gigantesco oceano !
do brillaban dos cielos de armonía,
como las ondas de un azul lejano
¡ como los cielos de la tierra mía !
do la mano de Dios ¡ grandiosa mano !
al declinar del sol, en claro día,

con brochadas de mágicos colores
y entre arreboles de anchuroso vuelo,
va esmaltando, esmaltando los primores
que campean, ocultos, en su cielo

Y las aves al verla, seductora,
contemplando esos ojos peregrinos,
la cantaban, graciosas, con sus trinos,
creyéndola un destello de la aurora,
un ósculo purísimo de enueños,
con ambientes de noches perfumadas,
como los besos, floración de sueños,
que dos almas se dan, enamoradas.

* * *

Mas ¡ay! que del Oriente la sultana,
esa perla preciosa, de alto rango,
arde al calor de una pasión liviana,
hundida se halla en asqueroso fango,
con arreos de helénicos amores;
y la que asoma como flor lozana,
de inebriantes y lánguidos olores,
es la impúdica y libre cortesana
que adora el mundo corrompido y loco,
derramando en su seno, poco a poco,
el veneno sutil de los placeres:
ese mundo venal que sólo intenta
marcar el sello de imborrable afrenta
en el rostro, en el alma de esos seres
arcanos de bellezas infinitas
¡ las graciosas y lindas margaritas
que se cruzan en forma de mujeres !

Y esa gitana que ipnotiza el alma
con sus pupilas de riberas anchas,
de do brota un raudal de poesía,
como el coloso luminar del día
tiene, entre nimbos de fulgor, sus manchas.

* * *

Pero el venido de su Dios en nombre
a levantar a la mujer caída,
a hacer un ángel, otra vez, del hombre,
viendo esa joya en lodazal hundida,
de la Betania a la beldad ajada,
fija en ella, profunda, una mirada,
que internándose en lo íntimo del pecho
le deja el alma suavemente herida,
y con su fuego el corazón deshecho:
tierna caricia que en su sér derrama
un caudal de bellezas inefables,
presentándole un ancho panorama
de cariños y amores insondables:
¡ rica mirada de divina historia
que a besarla le va cual dulce brisa,
que la enciende, la exalta y diviniza
y va a darle una página de gloria !

Y algo extraño en el alma ella sentía
de ese Hombre al aspirar el suave aroma,
al oír ese acento de paloma
que cual beso de luz su pecho hería:
ese acento que en haz de suavidades,
como nota de unísonos conciertos,
levanta de sus tumbas a los muertos

y conjura del mar las tempestades.

¡ Varón excelso, en cuya frente orlada
brilla la paz que todo bien encierra;
el mismo para quien la inmensa tierra,
el cielo, el mar, el hombre, y todo es nada! . . .

Qué de mil y de mil revelaciones !
¡ cuántas cosas le dice con los ojos
ese divino curador de enojos
y gallardo ladrón de corazones !

Tú serás—le susurra—un ángel mío
¡ de aurora exhalación, flor hechicera !
y antes que el fuego quemador de estío
con sus rayos, de muerte al fin te hiera,
voy a elevarte a la región divina
do se ostenta una eterna primavera,
do la mujer, mi hechura peregrina,
estrella de mis cielos desertada,
jamás contempla su virtud ajada,
porque Dios junto a ella, en lazo estrecho,
vive siempre—de su obra satisfecho—
y ella siempre de Dios enamorada.

Quiero—la dice, de piedad henchido—
que con tus vuelos de huracán, ardientes,
eleves hasta el cielo tu sentido,
como águila caudal que pone el nido
de la roca en las cumbres eminentes;
porque he resuelto, en mi divino intento,
que de amor y virtud seas un astro,
y dejes de tu luz eterno rastro
en el límpido azul del firmamento.

Y prosigue, prosigue el Peregrino

su gloriosa y olímpica jornada.
"llevando ya la veste desgarrada
por las bondas tristezas del camino";
porque siente ya en su alma combatida
que la hora del fin está cercana,
que en el bello clarear de la mañana
va a apagarse la antorcha de su vida:
y cual besa a la mar, estremecida,
la blanca luna al remontar su vuelo,
El, al mirar a la mujer caída,
la deja ¡ para siempre ! sumergida
en abismos de luz color de cielo.....
.....

* * *

Y ella, al ver que se aleja y desaparece,
que esfumándose va como un ensueño
el que es ya suyo, su amoroso Dueño,
siente que el fuego de sus ansias crece,
que su cautivo corazón herido
y antes pegado, con locura, al mundo,
se halla ya de la tierra desprendido;
y ebria de cielo, en su anhelar profundo,
en los transportes de un amor que inflama:

Oh ! dulcísimo Bien !—sentida, exclama-
¿ por qué tan presto ya de aquí te alejas,
te ocultas como el astro que se esconde,
si en mi abandono no sabré yo a dónde
ir a arrullarte con mis tiernas quejas,
ir a ofrecerte perfumadas flores !
si de tí necesita el alma mía
cual los nidos de un sol que los calienta,

y si lejos de tí sólo se siente
la ansiedad y la sed de una agouía
que no calman jamás esos amores
que sólo dejan con su aliento aleve
lava en el pecho y en la frente nieve !
¿ por qué si cuando con fiereza ruge
la mar envuelta en pavorosas brumas,
dejas la barca que azotada cruge
y perdiéndose va entre las espumas ?

Ven ! muéstrame tu faz de gracia llena,
“ ponme en tí como sello ”, ¡ Hermoso mío !,
“ porque son como unguento tus olores ”,
tan frescos como gotas de rocío
“ recogidas en cáliz de azucena ” :
“ y no mires, Señor, que soy morena,
porque, ardientes, los soles del estío
hanme fiero estragado los colores ”
y obscurecido de mi tez el brillo.

¡ Y no tardes, mi Bien ! que languidezco,
que sufro ya por tí, por tí padezco ;
y en la dulce ilusión de un vago ensueño
el fuego de tus ojos voy sintiendo,
y al sentirlo, otra vez, por tí me enciendo
y así, encendida, Corazón, te sueño !

¡ Ven, Lirio de mis valles, do se aspiran
perfumosos, balsámicos aromas,
donde arrullan, sentidas, las palomas,
como arrullan tus ojos cuando miran !

Y aunque el sol ha estragado mis colores,
¡ seré tuya, Señor ! ¡ ser tuya ansío !
ven, Amado ! . . coróname de azahares
y perfuma mi sien con tus olores ;

que de hoy más quiero seas ¡ Dueño mío!
¡ siempre dulce, el cantar de mis cantares!
¡ siempre eterno, el Amor de mis amores! . . .

Y alma de luz, para el amor nacida,
para brillar como fulgente estrella,
va besando, besando va la huella
que el Viajero le deja, esclarecida
con el fulgor de su divina lumbre,
para que viendo la aridez del suelo
levante, altiva, su ardoroso vuelo
hasta posarse en la dorada cumbre
de la eterna Sión, do se halla el nido
de las blancas y místicas palomas,
que del Lirio sin mácula han sentido
los fragantes y célicos aromas

Con la mente en el dulce Peregrino
que le llenara de pasión el alma,
nave perdida en una mar sin calma,
va en pos del Hombre de mirar divino,
de mágica virtud y gracia lleno,
que marcha, absorto, con su Dios a solas;
del gallardo y hermoso Nazareno
que sabe, apuesto, conjurar las olas
y en ellas deslizarse blandamente;
del que tiene, recónditas, tranquilas,
tempestades de luz en sus pupilas,
hondo abismo de glorias en la frente.

En El, tenaz, su aspiración concentra,

con El soñando, en su embriaguez delira,
a ser el alma de su amor aspira,
de ese amor do la luz se reconcentra;
y porque el suyo corazón se aquiete
lo busca, por do quier ¡y al fin! lo encuentra
departiendo en magnífico banquete. . . .

II

Bella, arrogante, como el blanco lirio
que en los jardines de Efraín se mece,
más espléndida aun en el delirio
de su pasión, que por instantes crece,
ostentando, gentil, su galanura
y en sus manos luciendo una redoma
llena del nardo, de esquisito aroma,
lojo ¡ostrer de femeni! locura,
preséntase ante el Astro de hermosura
la gallarda y esbelta cortesana,
como allá la sin par Samaritana,
irguiéndose, otra vez, como la palma
pero llena la frente de sonrojos,
con dos cielos gitanos en sus ojos
y un mar de liviandades en el alma. . .

Mucho tiempo ha que, ansiosa busca al
(Hombre
a quien, cautiva y con el alma adora!
¡ha sonado ¡por fin! llegó la hora
de unir al nombre de ese Dios su nombre,
y sacudiendo para siempre el polvo,
la impura tierra en que infeliz yacía,
llamarle dueño de su eterna suerte,
jurando por el cielo que ella ansía

deponer en su altar su lozanía,
ser su esclava de amor hasta la muerte!

No importa que en mil locos devaneos
haya sufrido su pudor quebranto;
que inflamada en purísimos deseos,
va llevando al Amado, por trofeos,
en sus ojos de luz gotas de llanto;
de ese llanto que limpia, donde quiera,
el corazón de la mujer caída;
que ante Dios una lágrima vertida
purifica, embobla y regenera:
y no importa que, fieros, los humanos
allí condenen su pasada historia,
que de los labios, de dulzura arcanos,
quiere oír los acentos soleranos
que le hablen de perdón y le den gloria....

Y, adorable, encendida, apasionada,
al noble impulso de su fe creciente,
del Maestro estampar quiere en la frente,
dulce el beso de su alma enamorada;
pero ¡no!... delicada sensitiva,
recuerda-la faz llena de sonrojos—
que manchados están sus labios rojos,
y se detiene... y de besar se priva...

Pero alma hecha volcán de amor, com-
(prende

que si pública y grande fue su falta,
si fueron —cierto— sus caídas tantas,
bien puede ser en santidad más alta;
y el pecho lleno de ternuras santas,

al fuego de sus ansias que la enciende,
se acerca al Hombre que el dolor entiende,
y cae, de rodillas, a sus plantas!
donde, rendida y con el alma rota,
junto a la orilla de ese Mar tranquilo,
en cuyas ondas la esperanza flota,
pareciera una lánguida gaviota
que se posa a las márgenes del Nilo.

Allí la hermosa pecadora humilla
la faz llena de rítmica belleza,
que con perfil de sin igual pureza,
en ese instante primorosa brilla:
y rompiendo, admirable en su grandeza,
del bálsamo florido la redoma,
con sin par y gentil delicadeza
gigante en su dolor la cortesana!
los pies divinos, reverente, toma
y, rico, en ellos su licor derrama,
quedando al punto el señorial receto
lleno del suave y exquisito aroma
que con aires de nardo y de jacinto
por el mundo se expande y se dilata,
llevándose consigo emanaciones
de la bella judía que arrebató
con su hechizo inmortal los corazones.

Y sus rizos dorados desatando,
esos rizos que el sol be-ado hubiera,
amorosa, solícita, con ellos
las plantas divinales va enjugando,
cual si en donaire mujeril quisiera

al Amado enredarlo en sus cabellos:
y al mismo tiempo, enardecida, quiebra
otro vaso mejor y más precioso:
se rompe el corazón ¡tan generoso!
do hay heridas muy hondas y profundas,
¡y un torrente de lágrimas fecundas
los pies divinos, en cascadas bellas,
baña dejando sus plateadas huellas!
¡ese torrente que, encendido, brota,
arrastrando de un pecho que se crispa,
un mar hondo de fuego en cada gota
y un pedazo del alma en cada chispa!

Y juzgando, en sus rítmicos excesos,
que sus labios, asaz enrojecidos,
por el llanto están ya purificados,
imprime en esos pies ardientes besos,
con su hálito de amor humedecidos,
con su aliento de rosas perfumados:
besos que brotan con febril cadencia
desde el fondo de una alma enamorada,
esparciendo en redor la rica esencia
de la noble mujer que, con vehemencia,
buscó a Dios para ser regenerada.

Esas perlas que borran su desvío
y saltan, quemadoras, de su entraña,
son las gotas brillantes de rocío
que en los rojos calores del estío
humedecen los lirios de Betaña:
¡lágrimas de mujer! ¡lágrimas bellas!
que al brotar de dos ojos soñadores,

van a formar constelación de estrellas
a los pies del Amor de los amores!

III

Más

¿ignora, por ventura, el gran Profeta
quién es aquella que sus plantas toca?
¿no sabe que es del vicio una silueta,
que mancha y contamina con su boca?

Y si conoce —aunque licor le riegue—
quien es la inmoble que en sus vicios mora,
¿cómo permite que a su lado llegue
esa impura mujer, la *Pecudora*?

Así —¡venales y de raza dura!—
piensan en su odio y egoísmo insanos
talvez los mismos que con sucias manos
ajaron esa flor, cándida y pura;
los mismos viles que sabiendo el precio
de esa perla preciosa, de alto rango,
la enlodaron y hundieron en el fango
para, luégo, mirarla con desprecio
y uncirla de la afrenta al sucio carro.
¡Almas de cieno! ¡corazón de barro!
—la cerviz inclinada siempre al suelo—
no comprendéis, ni a vuestra mente asoma
que aunque ajada, la flor tiene su aroma,
que el cielo, aunque nublado, al fin es cielo!
y no alcanzáis, en vuestra envidia odiosa,
en el ruin egoísmo que os devora,
¡que nunca la mujer es más hermosa
que cuando tierna sus desvíos llora!

Pero el venido de su Dios en nombre
a levantar a la mujer caída,
a hacer un ángel otra vez del hombre,
viendo a sus plantas esa flor rendida,
de la Betania a la beldad ajada,
fija en ella, profunda, otra mirada;
y ya su entraña de piedad henchida,
la dice con el alma conmovida:
ya tus acentos de dolor escucho,
y comprendo de tu alma el abandono,
“ ¡ levántate, mujer, yo te perdono,
y te perdono porque amaste mucho”!

Salve, Amor! que eres luz y zarza interna
en que arde el corazón quedando ileso!
¡salve de cielo embriagador el beso
que tiene en Dios repercusión eterna!
ancho mar de rojizas lontananzas,
que si tienes borascas y bravuras,
en tus límpidas ondas de aguas puras
se refleja el azul con sus bonanzas!
¡Salve de Dios exhalación y lumbre!
¡fuego del alma, abrasador, inmenso!
que para que alto la mujer se encumbre
“ debes ser huracán, debes ser cumbre,
debes ir hasta Dios como el incienso!”...

Y la Flor que inclinábase hasta el suelo,
derramando la miel de los placeres,
se levanta hecha timbre de mujeres,
carne de luz con floración de ciel :
en sus negras pupilas irra liantes,

que son chispas de soles irizados,
a través de sus lágrimas quemantes,
brillan ya con fulgores de diamantes
dos girones de su alma, inmaculados:

“Al oír esa voz tierna, imperiosa”
que resuena dulcísima en su oído,
se marcha, toda ella ruborosa,
“y jamás al volar la mariposa
los céfiros cruzó con menos ruido”

No será ya la impúdica sultana
en brazos del deleite adormecida;
será un ángel, la estrella soberana
en un cielo de auroras suspendida,
para, eterna, alumbrar con sus clarores
los ámbitos extensos del Planeta
y ser, puro, el ideal de los amores,
la inspiración más bella del poeta:
porque supo llorar ¡llanto sublime!
y en las entrañas del que bien redime
eco sus ayes de dolor hallaron;
porque a las plantas del Amor chocaron,
en sus divinos y encumbrados vuelos,
como besos del aura entre pinares,
los cielos de dos ojos hechos mares
y los mares de una Alma hecha de cielos

.....

* * *

Oh! si algún día vuestros lindos seres
contemplan, tiernos, su virtud ajada,
cuando sientan en su alma desgarrada

el acíbar, la hiel de los placeres,
llorad, ojos bonitos de mujeres;
que pasado el fragor de la tormenta,
cuando la lluvia ha humedecido el suelo,
¡más límpido el azul turquí se ostenta!
¡más espléndido el sol brilla en el cielo!
derramad ese llanto en que debiera
hundirse el alma en su pudor herida;
que ante Dios una lágrima vertida
purifica, ennoblece y regenera....

Ahí teneis, de primoroso encanto,
a la heldad de gigantesca historia
que supo, arrebatada, con su llanto
conquistarse una página de gloria,
al comprender, en su pasión grandiosa,
¡como los siglos otra igual no han visto!
que la mujer, exhalación de rosa,
para ser inmortal, para ser diosa
debe abatirse hasta los pies del Cristo.....

Que era Cristo el gallardo Peregrino
que en la fiera aridez de la jornada,
“llevaba ya la veste desgarrada
por las hondas tristezas del camino”;
pues sabía el humilde Solitario
que según lo que escrito de si estaba,
por única corona le esperaba
¡una cruz en la cumbre del Calvario!
Y ese Cristo es el Dios de gloria tanta,
que salva, generoso, y galardona:
que sólo Dios al criminal perdona

y, si caída, a la mujer levanta.

¡Oh! divino y hermoso Nazareno,
que, agradecida, humanidad te adora,
si yo, algún día, a tu poder ajeno,
olvidando tu diestra protectora,
que tiene mi alma de tu fe repleta,
insensato, atrevido, te negara,
en mi desvío, al menos, te cantara,
te cantara, Señor, como poeta!

Y el nombre de esa Perla, de altos vuelos,
que con sus glorias el Oriente llena,
por el Angel de Amor, de azules velos,
en la página blanca de los cielos
se halla escrito: ¡¡María Magdalena!!

M. Enrique Pasquel Monge.

Ibarra, 12 de Diciembre de 1915.

IMP. "GRAL. PLAZA". — *Ibarra.*